

UNA ANTOLOGIA POETICA DE RUBEN DARIO PLANEADA POR EL MISMO

por Julio Saavedra Molina

RUBÉN DARÍO trasladó su domicilio de París a Barcelona en Mayo de 1914, por los motivos financieros y de salud declarados en su correspondencia (V. el T. XIII, *Epistolario*, de la serie tercera de *Obras Completas*); y no en Agosto y huyendo de la guerra, como han dicho algunos biógrafos. Estando en la ciudad condal muy necesitado de fondos, hurgó en sus viveros y halló que podría engendrar algunos nuevos libros reuniendo las obras que había venido desparramando en revistas y diarios, sobre todo durante los años espectaculares que acababa de vivir como director de las revistas *Mundial* y *Elegancias*, con ilusoria corona de cartón dorado, como un emperador de tablas, y real neurastenia de galeote forzado al remo.

Allí estaban particularmente el *Canto a la Argentina*, publicado en el anexo con que *La Nación* de Buenos Aires saludó el centenario argentino (25 Mayo 1910); y también la *Vida*, dada a luz en *Caras y Caretas* durante la última estada de Darío en Buenos Aires (Septiembre y Octubre de 1912); sin contar las nuevas ediciones de sus viejos libros que podría vender también. El *Canto*, con una cauda de otros once poemas menos extensos, formó pues un volumen que acogió la «Biblioteca Corona» de Madrid, con el título de *Canto a la*

Argentina y otros Poemas, y apareció a mediados de 1914, decorado por Angel Vivanco, y encartonado bajo cubierta a rayas azules y blancas, símbolo argentino. La *Vida* la acogió el editor Maucci, de Barcelona, aumentada con una *Posdata, en España*, y se entregó al público en 1915.

La dicha «Biblioteca Corona» se encargó, además, de una edición de la «*Obra poética*» de Rubén Darío, en varios tomos que serían decorados también por Angel Vivanco e impresos lujosamente por Blass y Cía. Parecé que el primer tomo de esta antología ya se había impreso cuando Darío partió, en Octubre de 1914, de Barcelona para América, con el desproporcionado proyecto de dar conferencias que iniciaran un movimiento pro paz mundial, en compañía de su paisano Bermúdez, que lo había de abandonar muy pronto, enfermo y sin blanca, en mitad de un invierno neoyorquino.

Dicho primer tomo lleva por título particular *Muy siglo XVIII*, y se entregó encartonado en forma parecida al *Canto a la Argentina*, bajo cubierta a rayas rojas y blancas (¿Símbolo de la Revolución?), y con el forro interior dibujado por Vivanco, en donde se ve un paisaje mitad Arcadia y mitad Versailles, y una inscripción al pie:

*Y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo;
y una sed de ilusiones infinita.*

El papel, un «vergé» pajizo que imita el hilo; la impresión a dos tintas, negra y roja, los ribetes rojos de cada una de las 160 páginas, las mayúsculas adornadas, y hasta el formato no común, 20 x 15 centímetro, todo contribuía y contribuye a dar la impresión de obra artística y de lujo; logro que no había obtenido antes ningún libro de este «encantador» por excelencia, ni siquiera los *Cantos de Vida y Esperanza* de 1905 con su gran formato. Encantador sin malicia, y no de la especie antigua y etimológica que perseguía a los caballeros andantes, la cual profería o *cantaba fórmulas mágicas* para fascinar o embrujar a sus víctimas, dominarlas

o transfigurarlas. En tanto que el poeta dice palabras mágicas que nos deleitan y hasta fascinan como la música o el canto de los pájaros, pero por culpa de nuestra sensibilidad.

La inscripción aquélla es la estrofa tercera del hermosísimo poema autobiográfico con que comienzan los *Cantos de Vida y Esperanza*, y con que también comienza este *Muy siglo XVIII*, donde se titula *Preludio*. Los otros tomos llevan títulos sacados de la misma estrofa: *Muy antiguo y muy moderno* el II; *Y una sed de ilusiones infinitas* el IV. En cuanto al III, que nadie ha visto, se llamaba, según algunos, *Audaz, cosmopolita*, y parece que no llegó a publicarse. El II, con adornos interiores semejantes al I pero en tinta morada, 202 páginas y cubierta floreada, apareció en la segunda mitad de 1915, cuando Darío era todavía huésped regalado del presidente de Guatemala, Estrada Cabrera. El IV, con adornos verdes y 120 páginas, se publicó en 1916, probablemente después del fallecimiento del poeta, acaecido en Febrero. Como la estrofa no da para más, a menos que el tercer verso se hubiese utilizado también como título, puede suponerse que esta *Obra poética* fué concebida en 4 tomos y quedó terminada con el cuarto, si bien trunca por falta del tercero.

¿Qué materia debía de entrar en este tercer tomo, *Audaz y cosmopolita*? No es difícil sospecharlo, si se tiene en cuenta la que entró en los otros tres. Veámoslo.

El tomo I contiene 50 poemas sacados de cuatro libros: 17 de *Prosas profanas*, 20 de *Cantos de Vida y Esperanza*, 8 de *Canto errante*, y 5 de *Poema del Otoño*.

El tomo II contiene 71 poemas: 27 de *Prosas profanas*, 15 de *Cantos de Vida*, 22 de *Canto errante*, 3 de *Poema del Otoño*, y 4 de *Canto a la Argentina*.

El tomo IV contiene 38 poemas: 7 de *Prosas profanas*, 22 de *Cantos de Vida*, 5 de *Canto errante*, 1 de *Poema del Otoño* y 3 de *Canto a la Argentina*.

Son en total 159 poemas y en los libros originales sobran 27: 3 en *Prosas profanas*, 2 en *Cantos de Vida*, 12 en *Canto errante*, 5 en *Poema del Otoño*, y 5 en *Canto a la Argentina*. Parece lógico suponer que estos 27 eran el ingrediente del tomo III. La desproporción aparecerá menos grande si se consi-

dera que entre ellos está el *Canto a la Argentina* propiamente tal, que es el más largo de los poemas de Darío, con mil y un versos (en *La Nación*), tal vez para merecer el concepto favorito del poeta: miliunanochesco.

No lleva esta nueva edición de la «obra poética» rubendariana ni prefacio ni advertencia tocante al pensamiento que guió al autor en la redistribución de los poemas, salvo el sentido de los títulos de cada tomo, indicación suficiente, empero, a pesar de su brevedad. Echando una mirada retrospectiva al cuarto de siglo de su labor poética, Darío observó que, tal como en 1905, sus temas o rasgos más constantes seguían siendo los cuatro que enumera la estrofa citada, y que por consiguiente su obra podía reagruparse en unos cuatro hacés de motivos esenciales: *Muy siglo XVIII*, *Muy antiguo y muy moderno*, *Audaz y cosmopolita*, *Sed de ilusiones infinita*. La idea era buena y quizá más justa que la agrupación ocasional en *Prosas profanas*, *Cantos de vida*, etc.

Me parece, sin embargo, que Darío anduvo algo rígido en su análisis, porque su personalidad tiene más de cuatro dimensiones; más complejidad. Además, la distribución que él hizo de sus poemas en esos cuatro casilleros parece equivocada en ciertos casos y peca por omisiones lamentables. La edición se planeó como una antología; pero ¿habrá quien apruebe el repudio a fardo cerrado de toda la porción anterior a *Prosas profanas*? ¿Acaso su «sed de ilusiones» sólo se manifestó desde entonces? ¿No había recordado él mismo en la estrofa primera de su *Preludio*, escrito en tiempos de menor desgaste intelectual y menor apremio monetario:

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana?*

Cabe pues imaginar que, o bien un descuido le hizo omitir los poemas de *Azul*... en los tomos que conocemos; o bien alguno de ellos entraba en el tomo III, lo que parece improbable por «audaz y cosmopolita»; o bien la «obra poética»

iba a continuar en un tomo V que se habría llamado «Alondra de luz por la mañana» o cosa parecida.

Otra hipótesis es también posible. Quizá si los 27 poemas sobrantes fueron excluidos de propósito, tanto como los de *Azul...*; y, por causa de error, estando Darío enfermo y tan distante de Madrid, se hubiesen reunido en un solo manojito *Muy antiguo y muy moderno* los materiales destinados al tomo II y al tomo III. Nótese que el número 71 es casi doble del de los 38 poemas que forman el tomo IV. Y nótese, en fin, que lo del título «Audaz, cosmopolita» para el tomo III no es más, según parece, que una simple suposición de los bibliógrafos, en relación con el origen de los otros tres títulos.

Fuese así o de otro modo, el caso es que *Azul...* está ausente de los tres tomos que se publicaron y que la distribución de los poemas en estos tres no satisface a nadie. Es evidente que, si no por lo «audaz» al menos por lo «cosmopolita», donde mejor habrían ido los poemas del *Canto errante* era en un tomo III con tal título. Sin embargo, en su mayor parte se hallan distribuidos en los otros tomos. Y ¿cómo ha de ser preferible para la celebrada *Canción de Otoño en Primavera*:

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!*

el lugar que tiene en el tomo II, *Muy antiguo y muy moderno*, y no el que podría tener en el IV, *Sed de ilusiones infinita*? Ni ¿cómo ha de ser lugar adecuado para el *Preludio*:

Yo soy aquel.....

autobiográfico e íntimo en mayor grado aún que la *Canción*, el lugar que tiene en el tomo I, *Muy siglo XVIII*, nada más que por ser este tomo el primero de la serie? Todos nos imaginamos el siglo XVIII como una época de placeres, lujo, finuras, saraos, en el interior de unos palacios y parques, a cuyas puertas atisba una muchedumbre hambrienta, en espera de volverse asesina y heroica; cumbres de la cual época son Luis XV,

Robespierre, Napoleón. Porque fué la Revolución lo que trajo, dicen los críticos, la romántica melancolía de René, ya entrado el siglo XIX.

Por lo mismo, parece que en el tomo I hubiese tenido mejor cabida la *Marcha triunfal*, alto relieve digno de añadirse al Arco de Triunfo napoleónico, que no en el tomo *Muy antiguo y muy moderno*.

¿Qué más audaz y cosmopolita que la *Epístola a la señora de Lugones*? Está empero en el mismo tomo II, quizá por lo «moderno».

Y así como éstos hay otros, a nuestro juicio, despropósitos.

No impiden ellos, sin embargo, gustar las gracias de esta edición excepcional. Ni embelesarse con el hechizo sutil que al amante de la poesía y del bello libro embarga por todo los sentidos gratamente halagados, más de cinco en el verdadero bibliófilo. Algunos viejos y releídos poemas dejan, ahora en nuestro oído un nuevo rumor y en el aire un nuevo aroma al encontrarlos en orden diferente y con recamadas letras en su tipografía. Rica fuente de armonías y de hallazgos verbales son de suyo y siempre muchos versos de Darío, que tienen la virtud de aparecer nuevos en cada nueva lectura, como Venus surgiendo de la onda. Y mayormente si los realza el arte editorial. Y también la tiene la desordenada vida de su sutor de traer siempre intrigados a sus amigos con algún enigma.

Y así fué cómo me maravillé al releer el soneto *Los piratas*, última pieza del laberíntico *Canto errante*. En el libro de 1907 se llega al soneto con algo de fatiga tras la larga y heterogénea lectura de 47 poemas. Aquí, en el tomo *Muy antiguo y muy moderno*, el soneto se abre como un clavel jaspeado en uno de los primeros lugares. No bien trabada la lectura, me embelesa la exquisita selección verbal. Sin ninguna oscuridad, sin esoterismo alguno, ¡cuánta novedad y elegancia! Nada hay menos vulgar que estas palabras usuales, combinadas en felices encuentros: *la fina tabla sonora, el pulmón de la racha, el labio del hacha, la seda azul del firmamento,*

*Remacha el postrer clavo en el arnés. Remacha
el postrer clavo en la fina tabla sonora.*

*¡Ya es hora de partir, buen pirata, ya es hora
de que la vela pruebe el pulmón de la racha!*

*Bajo la quilla el cuello del tritón se agacha,
y la vívida luz del relámpago dora
la quimera de bronce incrustada en la proa,
y una sonrisa pone en el labio del hacha.*

*¡La coreada canción de la piratería
saludará el reñil oriflama del día
cuando el clarín del alba nueva ha de sonar*

*glorificando a los caballeros del viento,
que ensangrientan la seda azul del firmamento
con el rojo pendón de los reyes del mar!*

He llegado al fin arrobado por la armonía substancial y rítmica. ¡Qué sencillez y elegancia! Y no obstante ¡que plenitud y colorido! ¡Qué soplo tan continuo fresco! Brisa marina a pleno sol. ¿A qué se debe esta fluidez y suavidad? Pocas veces había leído unos alejandrinos mejor redondeados, más cabales. Inquiero. No son alejandrinos; sino tredecasílabos. Son los versos que en 1933 no pude hallar habiendo escudriñado toda la obra del gran poeta, como entonces lo dije en *El verso que no cultivó Rubén Darío*.

Ninguno de los 14 versos de *Los piratas* tiene sílabas sobrantes entre los hemistiquios, cada verso desarrolla una ondulación limpia, de 12 sílabas protónicas, con uno o dos retardos cesurales que reparten las palabras en dos o en tres hemistiquios, dando variedad a las cadencias.

Es claro que allí en *El canto errante*, puede uno ser cautivado en la misma forma. Y bien pude yo tener allí la misma sorpresa. Si en vez de leer del comienzo al fin, leo al revés; si en vez de a tal hora, hoy olvidada, y en tal sitio, leo en uno de esos momentos peregrinos en que el hado nos es favorable; es claro que hubiese percibido entonces lo que ahora percibo. Lo dijo ya Cervantes con su donaire habitual: «El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de

los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.» Pero históricamente, fué aquí, en las páginas jaspeadas como un clável de este tomo *Muy antiguo* donde yo fuí colmado de maravilla y de contento, donde para mí este soneto floreció, perfumó y embrujó con sus sonos de flauta pánica. Y en agradecimiento a este don celeste resolví hacer la alabanza de estos elegantes volúmenes de la *Obra Poética de Rubén Darío*, decorados por Angel Vivanco e impresos por Blass y Cia. para la Biblioteca Corona de Madrid, como se lee en las portadas o en frente de ellas.